DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO (CICLO B)

El camino de Jesús hacia Jerusalén, más que un trayecto geográfico, es un viaje teológico. Esta marcha comienza en Mc 8,27: "Salió Jesús con sus discípulos hacia los pueblos de Cesarea de Filipo".

Antes de comenzar este recorrido hacia Jerusalén nos cuenta el evangelista la curación del ciego de Betsaida:" *Llegan a Betsaida. Le presentan un ciego y le suplican que le toque. Tomando al ciego de la mano, le sacó fuera del pueblo, y habiéndole puesto saliva en los ojos, le impuso las manos... Y le envió a su casa.*" (Mc 8,22-26). Aquí lo que se acentúa preferentemente es el milagro, pues el Maestro se emplea a fondo en esta curación. No podemos negar tampoco su carácter simbólico, indicador quizá de la ceguera espiritual de los discípulos y de sus dificultades para entender a Jesús y el alcance de su seguimiento.

Antes de entrar en Jerusalén, como final del trayecto, se nos narra la curación del ciego de Jericó: "Llegan a Jericó. Y cuando salía de Jericó, acompañado de sus discípulos y de una gran multitud, el hijo de Timeo (Bartimeo), un mendigo ciego, estaba sentado junto al camino. Al enterarse de que era Jesús de Nazaret, se puso a gritar: "¡ Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!" (Mc 10, 46-52).

El milagro de la curación del ciego de Jericó adquiere un valor simbólico mucho más fuerte que el ciego de Betsaida; san Marcos en la curación de este ciego de Betsaida se fija más en la grandiosidad del milagro, no quizá en la fe del mismo: " Y le envió a su casa". Bartimeo, una vez curado de su ceguera, sigue a Jesús por el camino: " lo seguía por el camino" . Lo que los discípulos hacían con dificultad y con miedo, este ciego, ya curado, parece que lo hace con toda decisión, sin dudas.

La comparación de las versiones sinópticas de este milagro (Lc 18,35-43 y Mt 20,29-34) demuestra que Mc enfatiza más el elogio que hace Jesús de la fe de aquel hombre que el hecho mismo de la curación.

Si difícil le resultó a Jesús el camino hacia Jerusalén, más dificultades encontrará aquí, por lo tanto es conveniente presentar a un hombre de fe, que quería ver; pero no veía, y ahora al ver, se dedica a poner en práctica todo aquello que deseaba hacer; pero que no podía, pues no veía (en este milagro *luz y fe* juegan un papel importante).

"Jesús le dijo: ¿ Qué quieres que haga por ti?. El ciego le contestó: "Maestro que pueda ver". Jesús le dijo: Anda, tu fe te ha curado. Y al momento recobró la vista y lo seguía por el camino".

No es cuestión de analizar las semejanzas y diferencias de la curación del ciego de Betsaida y el ciego de Jericó; ya hemos señalado algunas. Ambas tienen un carácter simbólico, pues el evangelista nos quiere enseñar algo, que está como incluido en el milagro; este simbolismo es mucho más fuerte en el milagro del ciego de Jericó, modelo del discípulo del Señor, que no duda, sino que sigue. En la curación del ciego de Betsaida se pretende expresar el poder del Maestro, pues es necesario que sus discípulos confíen en él al contemplarlo como poderoso.

La Liturgia de la Palabra de este domingo XXX recalca cómo este viaje a Jerusalén está tipificado en el retorno de los hijos de Israel, que vuelven del destierro. La lectura primera de la Eucaristía está tomada del Profeta Jeremías, 31, 7-9.

Los capítulos 30 y 31 del libro de Jeremías son llamados a menudo" *el libro de la consolación*", porque contiene una serie de anuncios llenos de esperanza. Originariamente se referían al reino del Norte (o de Israel), destruido el año 722 aC por los asirios, y más tarde se aplicaron también al reino del Sur (o de Judá), en tiempo del exilio de Babilonia, a partir del año 587 aC. " *Gritad de alegría por*

Jacob, regocijaos por el mejor de los pueblos ". Jesús, camino de Jerusalén, les recordará a sus discípulos que el Hijo del hombre tiene que ser ejecutado y después resucitar. Los discípulos no comprenden este lenguaje. No podemos decir que este camino es una invitación a la alegría, al regocijo, aunque durante el mismo se nos cuenta la Transfiguración del Señor: "Seis días después, toma Jesús consigo a Pedro, Santiago y Juan, y los lleva, a ellos solos, aparte, a un monte alto. Y se transfiguró delante de ellos" (Mc 9, 2)

"Decid: el Señor ha salvado a su pueblo, al resto de Israel", es decir, el pequeño número de los que se libraron de la calamidad del año 721, y que han sido purificados a través del exilio para constituir el nuevo Israel fiel a su Dios. Bartimeo puede representar a este resto, que después de mucho tiempo sin poder ver, ahora liberado, empieza a pertenecer al número de los discípulos fieles.

Los oráculos proféticos anuncian que Dios, movido por el amor paternal, intervendrá para reunir a todos los miembros de su pueblo que ahora están dispersos. En esa multitud que vuelve, están también presentes los enfermos y los débiles, en un signo de que el amor de Dios se dirige a todos, y especialmente a los más necesitados.

Jerusalén, lugar de la revelación, del gozo; hacia ella están dirigidas todas las miradas. Si decíamos que el viaje, más que lugar geográfico, es lugar teológico, lo mismo podemos manifestar de Jerusalén. " *Mirad que yo os traeré del país del Norte, os congregaré de los confines de la tierra*". Confines de la tierra: esta expresión es sinónima de "norte", es decir, de Asiría, adonde han sido llevados cautivos.

Al comienzo y al final del viaje hacia Jerusalén nos encontramos con dos ciegos, signo de la impotencia, de la debilidad; también la caravana que regresa hacia Jerusalén desde el destierro está formada por gente débil: "Entre ellos hay ciegos y cojos, preñadas y paridas".

En este retorno Dios ha estado maravilloso: " El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres" (Estribillo del salmo responsorial).

El ciego Bartimeo está también lleno de gozo, ha experimentado el poder del Maestro, por esto mismo le sigue; no se contenta con proclamad lo que ha hecho en él, sino que quiere correr el mismo camino. " *Seré un padre para Israel. Efraín será mi primogénito*" (Jeremías 31, 9).

Los que vuelven del destierro se apoyaban en Dios Padre; el ciego Bartimeo en Jesús de Nazaret; nosotros creemos en Cristo, sumo Sacerdote.

La segunda lectura de la Eucaristía está tomada, como en domingos anteriores, de la Carta a los Hebreos.

"Nadie puede arrogarse este honor: Dios es quien llama, como en el caso de Aarón. Tampoco Cristo se confirió a sí mismo la dignidad de Sumo Sacerdote, sino Aquel que le dijo." Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy", o como dice otro pasaje de la Escritura." Tú eres Sacerdote eterno, según el rito de Melquisedez" (Carta a los Hebreos 5, 4-6). El sacerdocio de Cristo no es un sacerdocio aarónico, con una vocación humana o por línea hereditaria, sino un sacerdocio que nace de su misma realidad de Dios y hombre conjuntamente. Un sacerdocio no añadido, sino existencial.

La condición para el ejercicio del sacerdocio de que fuese un hombre semejante a aquellos en cuyo favor ejercía su ministerio. Tal vez en ningún pasaje del Nuevo Testamento, como en esta Carta, se hable de forma tan estremecedora de la plena humanidad de Cristo y de su debilidad.

Esta imagen de Cristo orando de esta forma casi violenta no corresponde a la presentación que nos hacen de Jesús los evangelios cuando le sorprenden haciendo oración o enseñando a orar.

El camino hacia Jerusalén es un trayecto marcado por la luz y por la fe.